

# VISIÓN PLÁSTICA DE LA FÁBRICA DE AZÚCAR: CONTRIBUCIÓN DE EDUARDO LAPLANTE

*Sigryd Marina Padrón Díaz*

El siglo XIX cubano fue particularmente importante en el desarrollo económico de la isla, sustentado en la fabricación de azúcar y algunos de sus derivados para la exportación.

Las grandes extensiones de tierra y las dotaciones de esclavos, propiedades de un grupo de hacendados, fueron la base de grandes fortunas acumuladas a base de café, tabaco y azúcar, principales producciones que definieron el tráfico de la economía insular.

Pasado el primer tercio del siglo decayó el cultivo de café lo que produjo que muchos de los hacendados volcaran sus esfuerzos hacia una industria que prometía mayores rendimientos, de modo que grandes cafetales se transformaron en ingenios azucareros ante el interés de sus propietarios por obtener jugosos frutos sobre la base de la mecanización.

Las influencias del pensamiento ilustrado en materia de formas de vida y sentido del progreso, la subterránea y creciente ideología independentista y la consecuente preocupación sobre la continuidad de un modo de producción que garantizara la acumulación de riqueza potenciaron los contactos de aquellos hacendados con el mundo europeo, –particularmente España, además de Francia y Gran Bretaña–, tanto en sus relaciones sociales como en las de producción, los que en su generalidad procuraron las más avanzadas formas de implementación para sus fincas, sin abandonar el uso de la fuerza de trabajo esclava, considerada como la mejor en cuanto a rendimiento y productividad.

Las relaciones con las firmas extranjeras constructoras de maquinarias para la fabricación de azúcar hicieron posible las transformaciones tecnológicas, ya que Cuba, dada su condición colonial, no contaba con la posibilidad de producción de modernos aparatos.

Tal era el interés por incorporar la más avanzada tecnología al desarrollo de la industria azucarera que desde el año 1827 había veinticinco ingenios con trapiches movidos por vapor y con los mil con que contaba, Cuba exportaba un quinto de todo el azúcar del archipiélago de las Antillas y un octavo de todo el azúcar de la América equinoccial que refluía a Europa y los Estados Unidos, según datos aportados por la Cronología de la Industria Azucarera, editada en La Habana por el Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias de Cuba.

Con la difusión de la máquina de vapor para mover los trapiches para mayor extracción de guarapo que con las máquinas utilizadas anteriormente, la introducción del ferrocarril a partir de 1837, más “la adopción del llamado tren jamaicano<sup>1</sup> para elaborar el azúcar, el perfeccionamiento de los filtros y la aplicación de principios químicos y físicos en la fabricación...”<sup>2</sup> se completó el sistema que llevó a que los ingenios contuvieran todos los elementos tecnológicos necesarios para ser una fábrica, de tal modo que para 1860 había mil trescientos cincuenta y seis ingenios en Cuba, movidos en su mayoría por estos nuevos componentes.

Téngase en cuenta, además, que las relaciones allende los mares no eran solamente para importar maquinarias sino que desde 1840 Cuba contaba con ingenieros de Boston y químicos franceses contratados en los ingenios,<sup>3</sup> lo que significaba una estimable contribución para la elaboración del azúcar y sus derivados.

La riqueza de las áreas rurales a base del sudor esclavo y la deforestación de los bosques así como el tráfico interno de la producción azucarera favoreció la vida urbana, particularmente a las ciudades portuarias, que comenzaron a disfrutar de un desarrollo cultural en el que la prensa periódica y los “libros de estampas” desempeñaban el papel fundamental entre los limitados medios de difusión de la época.

No hubo viajero, casual o con algún propósito, que no dejara su testimonio sobre lo visto en la isla y el arribo de artistas de diferentes orientaciones y jerarquías,<sup>4</sup> que al olor de la riqueza comenzaron a “pintar” el panorama insular, lo que significa un viraje en la iconografía sustentado en el *crescendo* tecnológico y el ascendente nivel de los conocimientos científicos e industriales. Estamos asistiendo a un naciente y peculiar capitalismo:

La misión primera de estos dibujantes era documental: pintar frente al paisaje con el mayor verismo científico posible [...] Esta práctica satisfará un interés por el conocimiento del mundo extraeuropeo, característico de la cultura capitalista dominante...<sup>5</sup>

La temprana introducción de la técnica litográfica en Cuba (1822) promovió la sucesión de establecimientos litográficos, particularmente de propietarios de origen francés, de modo que para los años 30 su producción incluía ediciones de lujo, generalmente por suscripciones, prensa y publicaciones periódicas, estampitas religiosas y sociales, marquillas de cigarros, y otras.

Consecuentemente podemos encontrar a lo largo del siglo XIX innumerables publicaciones sobre fábricas de azúcar: unas literarias; otras en grabados y litografías. Uno de los primeros y más importantes ejemplos es el *Manual del hacendado azucarero*, editado en 1849 por la imprenta del Gobierno y Capitanía General cuyas litografías, puramente técnicas y de dibujo industrial, salieron del taller habanero de Louis Marquier, establecido en 1846.<sup>6</sup>

Como obra excepcional encontramos la complementación de texto e imagen en el libro *Los Ingenios* publicado en La Habana en 1857 por el mismo taller y que según la investigadora Zoila Lapique es “sin duda, el más valioso aporte bibliográfico y artístico que salió de las prensas de Cuba en el siglo XIX”.<sup>7</sup>

Dedicado a la Real Junta de Fomento, su edición y descripciones se deben al acaudalado hacendado trinitario Justo G. Cantero, Gentil Hombre de Cámara de S. M. y Alférez Real de Trinidad, con las ilustraciones de Eduardo Laplante, pintor y grabador francés que se instaló en Cuba como agente vendedor de equipos azucareros.

Cantero, entusiasmado ante las maquinarias recién instaladas y las que promocionaba Laplante, así como por la capacidad artística de éste, contrató sus servicios para que viajara por la isla dibujando al natural los principales ingenios, que luego pasaría a litografías, resultando un hermoso libro que cuenta con treinta<sup>8</sup> imágenes de paisajes de bateyes iluminadas a mano y ocho planos de fábricas y casas de calderas en blanco y negro, realizadas

con exquisita minuciosidad y dominio de los procedimientos litográficos, de tal modo que la precisión casi fotográfica está nutrida por la diversidad de líneas y contrastes.

Poco se conoce de la vida de Laplante, la obra que nos legara es lo único que nos informa de su actividad. Las fuentes consultadas indican que nació en 1818 y que llegó a Cuba a finales de 1848, pues se inscribió “en cartas de domiciliados” el 2 de enero de 1849 declarándose “recién llegado a esta en la fragata española Fetis”.

dos días después, el 4 de enero, ante un escribano compareció y juró ser [...] natural de Francia, soltero, del comercio, de 30 años, vecino de esta, hijo de D. Louis Gervais y de Marie Adele Borcou de la misma naturalidad.<sup>9</sup>

Aunque su ingreso a la isla fuera para realizar una tarea tan pragmática como promocionar maquinarias azucareras de firmas francesas, y de la cual no ponemos en duda su buen desempeño, indiscutiblemente Laplante poseía una educación y sensibilidad artísticas superiores al interés mercantil que lo trajo a Cuba, que lo inclinaron, para fortuna nuestra, hacia la creación plástica, lo que se revela en el monto de su obra y en la gran actividad que desarrolló en este sentido, coincidiendo en sus relaciones con el importante grupo de grabadores que durante el siglo XIX dieron auge en Cuba a esta expresión artística.

El conocimiento de las técnicas del dibujo, la pintura y la litografía bajo los preceptos académicos, como se revela en sus interpretaciones de vistas urbanas y paisajes, significó la mayor ventaja de que pudo disponer en estas tierras, pues de otra manera habría pasado inadvertido para la cultura cubana.

Durante un tiempo colaboró en las publicaciones periódicas con paisajes y retratos de personajes de la época,<sup>10</sup> además de participar en la realización litográfica de dibujos para Geografía, la flora cubana y la publicación conjunta con el dibujante español Leonardo Barañano en 1856 de la serie *Isla de Cuba pintoresca*, hermosas vistas a color de las principales ciudades de la isla.

De los años 50 parece datar su amistad con el hacendado Cantero, el que primeramente le encargara tres grandes lienzos cuyo escenario es la zona trinitaria. Entre ellos se encuentra el óleo *Trinidad, vista general tomada desde la loma de la Vigía (Paseo campestre de la familia Cantero Iznaga)*,<sup>11</sup> fechado en 1852, en el que aparece el propio Cantero con miembros de su familia frente a una vista panorámica de Trinidad desde la altura.

Teniendo en cuenta la significación que para el desarrollo de la economía y la cultura del país tiene la presencia histórica del ingenio en su capacidad instalacional (léase cultivos, edificios y maquinarias), los intercambios e interinfluencias con el mundo europeo de los que precisó para su creación y fortalecimiento se fundamenta en la importancia del estudio sustentado en la representación gráfica y artística de la obra de Eduardo Laplante.

Las palabras de la doctora Yolanda Aguirre apoyan con solidez esta idea, al decir: “[...] es innegable que no puede pasarse por alto lo que, como conjunto constructivo, resultó ser la célula matriz de toda una época: el ingenio, la industria azucarera. [...] De fines del siglo XVI o principios del XVII, al final del XIX, ese ser arquitectural provee [...] con manifiesta tipicidad, el adecuado fondo escenográfico al desarrollo cultural de la Colonia. [...] En medio de la exaltada vegetación antillana el ingenio fijó el paisaje, haciéndose centro dinámico y rector del mismo”.<sup>12</sup>

La observación de las imágenes realizadas por Laplante para el Libro *Los ingenios* permite destacar la contribución que hace el artista a la visualización detallista de la tipología de la fábrica de azúcar con la consecuente divulgación y carácter promocional que esto significó, además de apreciar los valores plásticos de la obra.

Como era habitual en la época la colección de imágenes fue hecha por suscripción, lo que representó para su completamiento ocho entregas de separatas entre 1855 y 1857, que luego se encuadernaron a modo de libro de paisajes (o de temas costumbristas) según el gusto romántico de la época.

Desde el principio la prensa periódica se hizo eco de la importancia y belleza de la obra. Así *La Gaceta de La Habana* comenta el 3 de mayo de 1855 sobre la primera entrega:

[...] ejemplar [...] constituye un hermoso cuaderno que contiene cinco bien litografiadas láminas en papel marquilla, acompañadas de su respectiva descripción muy bien escrita y bellamente impresa [...] las láminas debidas a la reconocida habilidad de D. Eduardo Laplante nos dan una idea exacta de la apariencia de nuestros ingenios [...] La inteligencia con que están iluminadas aumenta notablemente su efecto...<sup>13</sup>

La cantidad de imágenes hace imposible el análisis de cada una, por lo que se ha realizado una selección entre las que pueden considerarse como relevantes en todos los órdenes.

*El ingenio Flor de Cuba* figuraba entre los más importantes y de mayor producción en la época, se fundó en 1838 por don Pablo de Arrieta, en el Departamento Occidental, Jurisdicción de Cárdenas, haciendas de Banagüises y Laguna Grande, a doce leguas de la bahía del mismo nombre. Contaba con noventa y tres caballerías de tierra y como correspondía a la tipología de estas fábricas, los edificios se agrupaban en torno a la plaza o *batey*, que ocupaba una caballería y dos tercios, en el que predominaba la casa de máquinas o de molienda con sus altas chimeneas. Al decir del propio Cantero en su descripción: “ofrecía a cierta distancia al viajero el aspecto de uno de esos lindos pueblos manufactureros europeos [...]”<sup>14</sup>.

Este ingenio poseía destilería y los más modernos adelantos europeos en maquinarias de molienda.

*Ingenio Tinguaro* en las haciendas Artemisal y Laguna Grande, Cárdenas, propiedad de don Francisco Diago, comenzó a moler en 1841. Si bien no era de los de mayores proporciones estaba considerado como uno de los más hermosos por su bien cuidada huerta y jardines, favorecidos por las represas con que contaba.

*Ingenio Purísima Concepción* en el hatillo de Guamutas, Jurisdicción de Cárdenas, propiedad de don Manuel Pedroso y Echevarría, comenzó a moler en 1851, destacado por su casa de purga toda de mampostería, considerada entre las mejores de la isla por sus dimensiones (156 por 480 pies), su solidez y la excelencia de las maderas utilizadas en ella.

*Ingenio Ácana* en Cidra, Matanzas, zona muy ventajosa por los ríos que la surcan, propiedad de don José Eusebio Alfonso. Su primera molienda fue en 1814 y después de una importante remodelación que introdujo nuevas maquinarias, llegó a ser uno de los más importantes.

*Ingenio Manaca-Iznaga* ubicado en el área que actualmente se conoce como Valle de los Ingenios, zona privilegiada por la riqueza de las tierras y los ríos que la circundan en el centro-sur de la isla, que hizo de la ciudad de Trinidad una de las más prósperas y activas de Cuba en el siglo XIX. Propiedad desde 1795 de don Pedro José Iznaga y Pérez Vargas, trinitario, descendiente de vizcaínos IX Señor de la Casa Infanzona de Iznaga.<sup>15</sup> Aún puede apreciarse su torre atalaya y campanario, considerada el ejemplar arquitectónico que identifica al Valle, como símbolo del poderío de una clase y una industria.

*Ingenio Buenavista* Propiedad desde 1803 de don Pedro Malibrán, situado en las tierras del Corral Culluji, en el valle trinitario, fue pionero en la utilización del bagazo para combustible, uno de los mayores de la isla.<sup>16</sup>

Cuando se observan estas litografías hay aspectos que se destacan: el estatismo, la verosimilitud de los detalles, un sentido ilimitado del espacio, y a la vez una especie de suspensión temporal, de silencio y distanciamiento casi metafísicos, que los hacen peculiares.

Es la mirada de un observador que siguiendo los procedimientos técnicos tradicionales cuidó el realismo de los detalles sin traicionar las reglas académicas. Y es que Laplante posiblemente aprendió de esta manera. En la fecha de su llegada a Cuba, ni la fotografía, ni las avanzadas pictóricas habían sentado escuela en Francia, era la litografía la que comenzaba a desarrollarse y destacados artistas franceses como Gericault y Daumier –por citar un pintor y un ilustrador– experimentaban con éxito la técnica, cuyas reproducciones estaban todavía permeadas del sentimiento romántico, por lo que Laplante sólo contaba con este saber históricamente legitimado.

No puede negarse la objetividad y precisión de cartógrafo y “cuasi” fotógrafo del artista, pero la representación que hace del paisaje cubano dista de la naturaleza vigorosa y en presente del realismo courbetiano que comenzaba a escandalizar París a finales de la década del 40.

En esas “instantáneas” cuidadosamente compuestas, el movimiento congelado de lógica ascendencia davidiana hace de los humanos pequeños maniqués dispuestos estratégicamente y como necesaria referencia de escala (no siempre rigurosa), así ocurre con árboles y palmas, animales, aguas como espejos relucientes, y hasta casas de calderas en plena faena, lo que revela la subordinación de los elementos al pensamiento maquinizado del dibujante industrial, riguroso en la exactitud del dibujo.

Las resonancias idílicas del paisaje romántico en un panorama bucólico no están ausentes pero el privilegio del sentido clásico las encubren en la exactitud del dibujo y la despersonalización de las escenas, todo lo que a su vez sirve para encubrir la dura realidad de la fatiga esclava en la elaboración del azúcar. Entendido esto como el propósito justo de Laplante, despojado de compromiso político, interesado sólo en cumplir la misión encomendada, en la que puso sus mejores armas.

No obstante, algunas imágenes comunican ese sentido de “laboreo” con la rítmica colocación de figuras de esclavos en actitudes cotidianas, trabajadores en las casas de máquinas, carretones tirados por bueyes o el ferrocarril a punto de marcha. Casi excepcional es la diagonal de una palma de desordenado penacho, que irrumpe desde la izquierda para obligar la visión hacia el foco central: el ingenio Monserrate; recurso que a la vez intenta

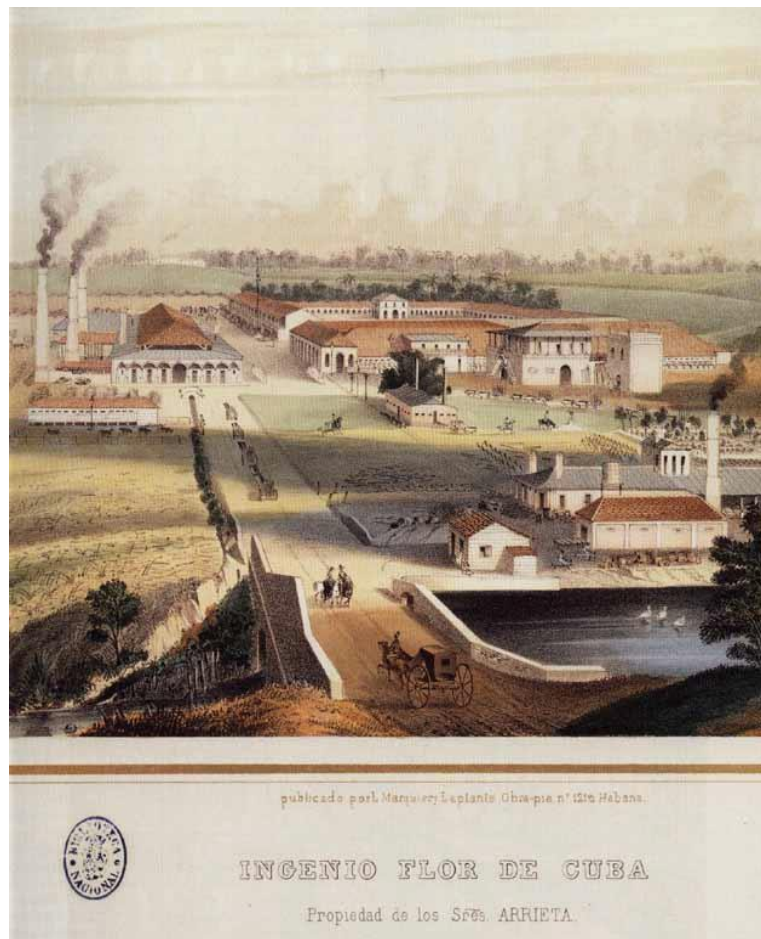
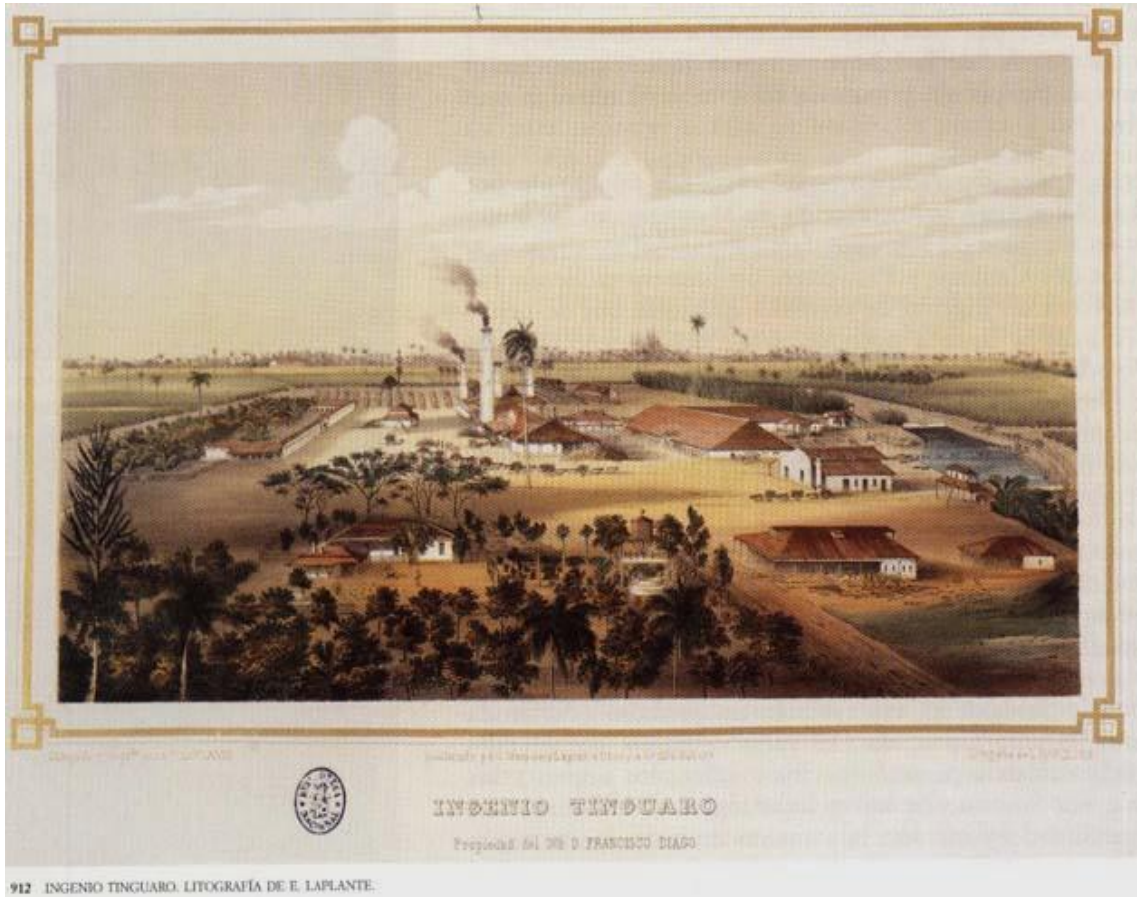
romper la monotonía compositiva y paradigmática elegida por Laplante y que revela en el artista un discreto sentido de la necesidad de contraste para una mejor comunicación.

Por otra parte, siempre podemos encontrar cómo el artista señala el contexto natural donde se erigen las fábricas de azúcar, bien sean árboles más o menos frondosos de distintos tonos de verde, o los orgullosos penachos de las palmas reales, en primer plano u ocupando sitios privilegiados de la composición como conductores visuales.

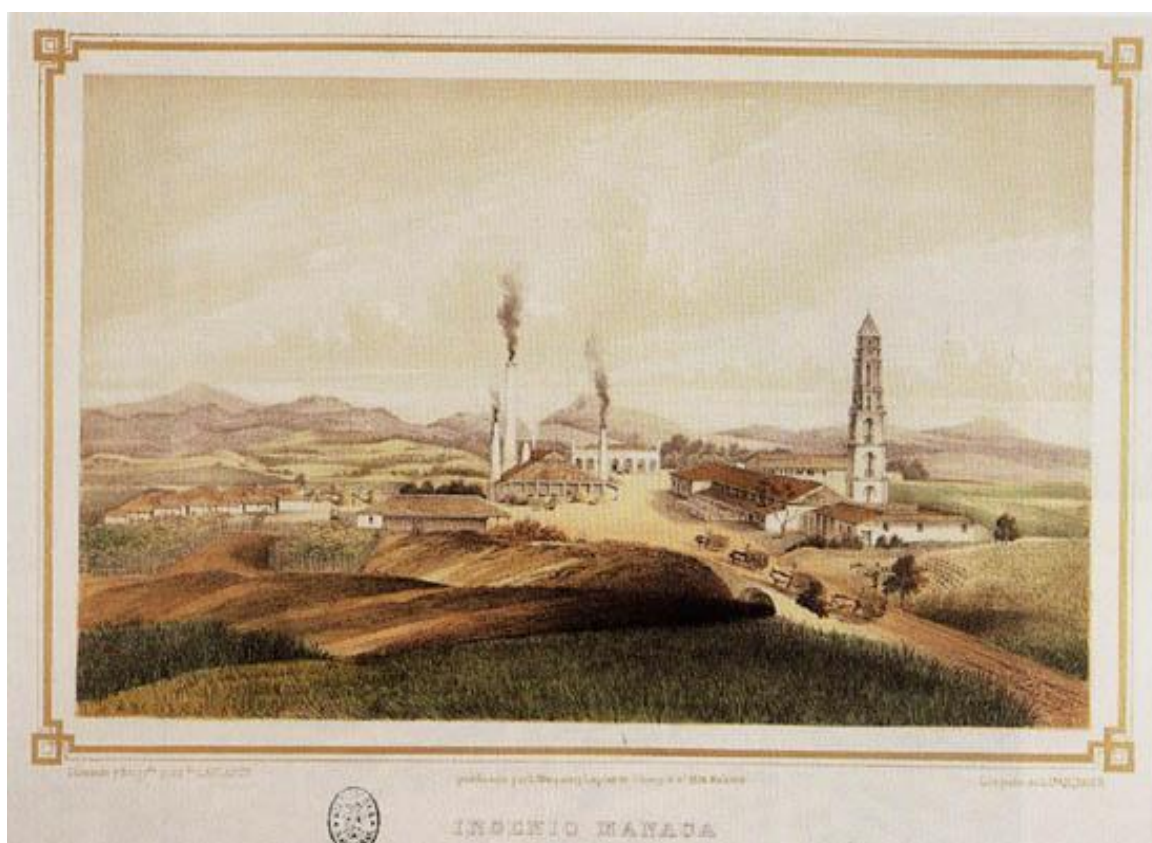
En general, en estas imágenes predomina la luminosidad y el brillo que otorga un sabio manejo de las luces y las sombras, así como la suavidad de los contrastes cromáticos y las delicadas armonías que para nada recuerdan el implacable sol de la campiña cubana.

El punto de vista elevado del artista sobre los terrenos llanos característicos de las zonas cañeras, favorecen las amplias perspectivas y los puntos de fuga, bien al centro de la composición como en las imágenes de los ingenios Tinguaro y Purísima Concepción, o bien desplazadas hacia la sección áurea como se aprecia en el Flor de Cuba, para privilegiar la calzada de acceso a la casa de molienda y al batey.



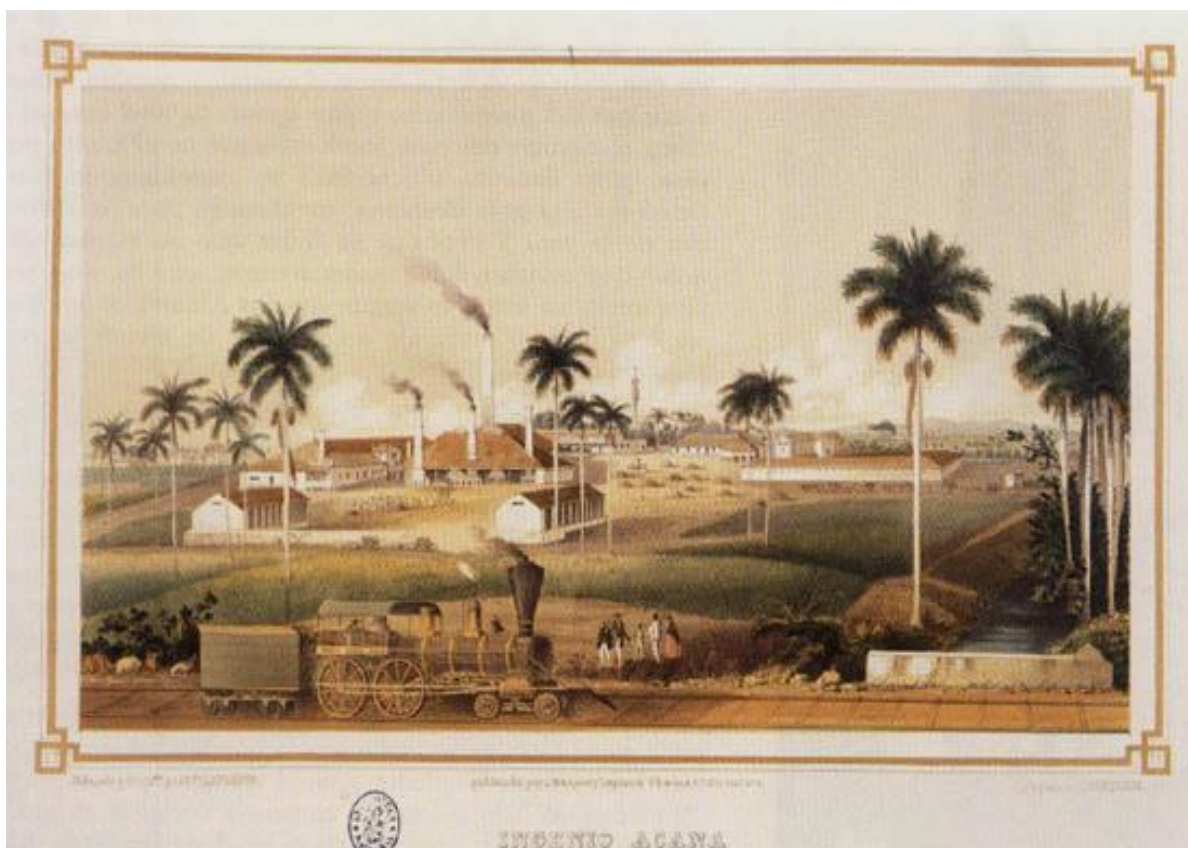


Excepcionales por la ondulación del terreno y la sabiduría compositiva desplegada resultan las imágenes del ingenio Buenavista, prácticamente encerrado en las verticales de las palmas del primer plano, y el Manaca-Iznaga dominado por la belleza de su torre campanario, que aún se mantiene en pie.



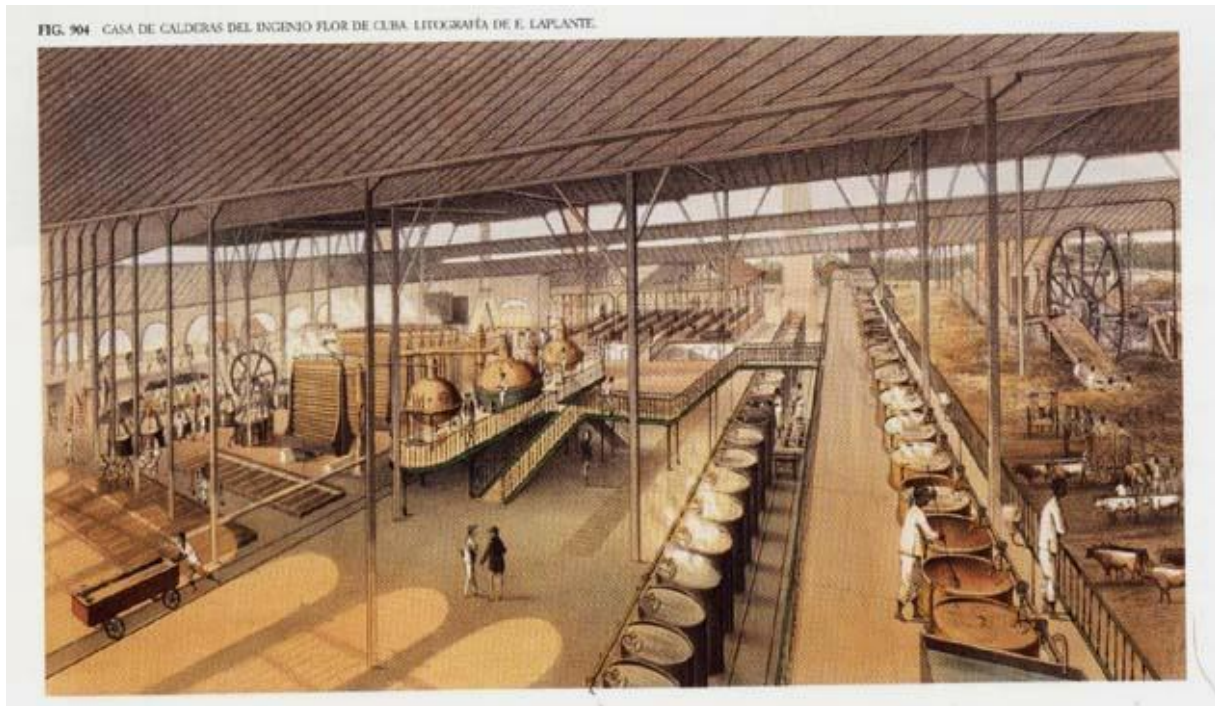


Una de las más bellas litografías representa al ingenio Ácana, la que como forma de canto al progreso representa el ferrocarril dominando la horizontal del primer plano, junto a un pequeño grupo de figuras como referencia escalfística. Las enhiestas palmas reales encuadran el batey, en el que el humo salido de las chimeneas de la casa de molienda indica la suavidad del viento y contribuye a romper el esquema de verticales y horizontales sobre el que se basa la composición.



En esta aproximación a la colección del libro *Los ingenios* no puede excluirse el comentario de alguna imagen del interior de estas fábricas como es la casa de calderas del ingenio Flor de Cuba.

En la litografía destaca la asepsia casi irreal y la modernidad de la instalación. Verticales de columnas dividen visualmente las secciones de colocación de las máquinas en tan amplia nave. Al centro, el grupo de aparatos de evaporación, mientras que el mayor interés visual se concentra en el punto de fuga a la derecha orientado por dos niveles de hileras de pailas clarificadoras con sus llaves y tuberías, para fijar la atención en “[...] su rueda catalina de 30 pies ingleses de diámetro, notable por su perfecta construcción y la suavidad de su movimiento [...]”.<sup>17</sup>



Al valorar plásticamente la obra realizada por Laplante en estas litografías, hay que tener en cuenta su capacidad de interpretación del paisaje insular y la integración a éste, a partir de su formación artística en la tradición académica europea, conjuntamente con un pensamiento realista y promocional propio de su profesión como agente de ventas de equipos azucareros, destacando además la habilidad del oficio de litógrafo, revelada en la multiplicidad de líneas, punteados, finos y amplios rayados, tonos y matices que hacen de su obra un patrimonio excepcional para el arte cubano.

Con mirada penetrante y escrutadora revela detalles de la flora cubana, de la geografía y de todo el universo azucarero, a diferencia de otro gran contemporáneo suyo, Federico Miahle, más interesado por la vitalidad a través de la escena que atrae nuestra atención.

Y es tal vez ése uno de los mayores aportes de Laplante, sin proponérselo, despersonalizando la imagen la despoja de lo anecdótico. Concepto que más tarde asumirán las avanzadas artísticas y por otra parte, con su objetiva mirada descriptiva, se aproxima al pensamiento positivista, que crecerá con el avance del siglo como rector de las ideas de las capas altas de la sociedad.

La interpretación artística que hace Eduardo Laplante del paisaje azucarero insular del siglo XIX contribuye al conocimiento más profundo del ingenio entendido como paisaje cultural, en tanto que aporta al análisis de la producción azucarera una visión integradora de la economía, del arte y de la sociedad decimonónica.

Con la obra *Los ingenios* Laplante se convierte en difusor y promotor de las excelencias en materia de organización y de adelantos tecnológicos utilizados en las fábricas de azúcar de la Cuba colonial y desde el punto de vista artístico trasciende por el modo en que aborda su representación.

Con ello se favoreció no solamente el ámbito nacional, en tanto que el conocimiento de la obra significó un estímulo competitivo para los productores azucareros del patio, sino que

además sirvió a inversionistas y comerciantes extranjeros –allende el Atlántico– como muestra del nivel tecnológico y constructivo de los ingenios, lo que garantizaba la calidad del producto exportable.

Entre los aportes fundamentales de la obra en cuestión, hay que considerar además la vigencia del trabajo concienzudo de Laplante como invaluable testimonio histórico, como material de referencia –salvando lógicamente las distancias– para la distribución de elementos en un “batey”, de acuerdo con el perfil topográfico; y desde el punto de vista plástico, para aquilatar al artista, que supo insertar la tradición de las escuelas europeas en la representación del paisaje de la isla sin traicionar la identidad que iba perfilándose como cubana.

## BIBLIOGRAFIA

- AGUIRRE, Yolanda, *Influencias económicas en la arquitectura colonial cubana*, La Habana (Cuba), Cuadernos H-Arte. Editorial Pueblo y Educación, 1974.
- ANGELBELLO, Teresita, “Valle de los Ingenios”, *Revolución y Cultura n° 5*, mayo de 1989.
- CANTERO, Justo G., *Los ingenios. Texto de Justo G. Cantero. Láminas dibujadas del natural y litografiadas por Eduardo Laplante*, calle de la Obrapia 12 ½ (La Habana), Editores E. Laplante y L. Marquier (Impreso en la Litografía de Luis Marquier), 1857. Reserva de Patrimonio, microfilm. Biblioteca Nacional de Cuba.
- Cronología de la Industria Azucarera*, Cuba, Instituto de Etnología y Folklore-Comisión Nacional de la Academia de Ciencias, 2000. (fotocopia).
- IGLESIAS, Fe, *Del ingenio al central*, La Habana (Cuba), Editorial Ciencias Sociales, 1999.
- JUAN, Adelaida de, *Pintura y grabado coloniales cubanos*, La Habana (Cuba), Editorial Pueblo y Educación, 1974.
- , “Viajes por el paisaje cubano del siglo pasado”, *Revolución y Cultura*, septiembre 1982.
- LAPIQUE, Zoila, *La memoria en las piedras. Publicación de la Oficina del Historiador de la Ciudad*, Ciudad de La Habana, Ediciones Boloña, 2002.
- MORENO FRAGINALS, Manuel, *El ingenio*, Ciudad de La Habana (Cuba), Editorial Ciencias Sociales, 1978.
- RIGOL, Jorge, *Apuntes sobre la pintura y el grabado en Cuba*, Ciudad de La Habana (Cuba), Editorial Letras Cubanas, 1982.
- SERRANO LEÓN, Isabel, “El libro *Los ingenios*, reflejo de la producción material del siglo XIX”, La Habana (Cuba), *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1, enero-abril 1979.
- WEISS, Joaquín, *Arquitectura colonial cubana: siglos XVI al XIX*, 2ª edición, La Habana- Madrid- Sevilla, Instituto Cubano del Libro-Agencia Española de Cooperación Internacional-Consejería de Obras Públicas y Transporte, 2002.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Tren: conjunto de aparatos para elaborar el dulce, también se dice así a la casa de máquinas donde se elabora el azúcar. Término que se introduce en el siglo XVIII para denominar un sistema de pailas y tachos donde todas las piezas estaban colocadas sobre un mismo cañón de fuego. Más adelante se llamó tren francés por los nuevos sistemas copiados de las colonias francesas. *Cronología de la Industria Azucarera*, Cuba, Instituto de Etnología y Folklore-Comisión Nacional de la Academia de Ciencias, 2000, material fotocopiado (s/p).
- <sup>2</sup> Weiss, Joaquín, *Arquitectura colonial cubana: siglos XVI al XIX. 2da edición*, La Habana- Madrid-Sevilla, Instituto Cubano del Libro-Agencia Española de Cooperación Internacional-Consejería de Obras Públicas y Transporte, 2002, capítulo Siglo XIX, p. 458.
- <sup>3</sup> Cronología de la Industria Azucarera. *Op. cit.*, (s/p).
- <sup>4</sup> Pintores, grabadores, pendolistas, orfebres, maestros constructores, etc. N. A.
- <sup>5</sup> De Juan, Adelaida, “Viajes por el paisaje cubano del siglo pasado”, *Revolución y Cultura*, septiembre 1982, p. 3.
- <sup>6</sup> Lapique, Zoila, *La memoria en las piedras. Publicación de la Oficina del Historiados de la Ciudad*, Ciudad de La Habana, Ediciones Boloña, 2002.
- <sup>7</sup> *Ibid.*, p. 181.
- <sup>8</sup> Hasta el momento todos los documentos refieren 28 litografías, pero la especialista Zoila Lapique en su reciente investigación (*La memoria en las piedras*) menciona que son treinta.
- <sup>9</sup> Lapique, Zoila, *op. cit.*, p.181.
- <sup>10</sup> Retrato de Gertrudis Gómez de Avellaneda, de José María Heredia y de Rafael M. Mendive. N. A.
- <sup>11</sup> Actualmente en la colección Cubana del Museo de Bellas Artes de La Habana, además de otro con el ingenio Gûinia de Soto, el tercer lienzo es de paradero desconocido. Catálogo Exposición 1980 en La Habana, texto Olga López Núñez.
- <sup>12</sup> Aguirre, Yolanda, *Influencias económicas en la arquitectura colonial cubana*, p. 68.
- <sup>13</sup> Lapique, *op. cit.*, p. 185.
- <sup>14</sup> Cantero, Justo, *Los ingenios*, La Habana, 1857.
- <sup>15</sup> Angelbello, Teresita, “Valle de los Ingenios”, *Revolución y Cultura n° 5*, mayo de 1989, pp. 42-51.
- <sup>16</sup> En la ciudad de Trinidad se conservan las residencias de José Borrel, propietario del ingenio Guáimaro, actual sede de la Escuela de Artes Plásticas de Trinidad, y la de Justo Cantero, que ocupa el Museo Municipal de Historia de la propia ciudad.
- <sup>17</sup> Cantero, *op. cit.*